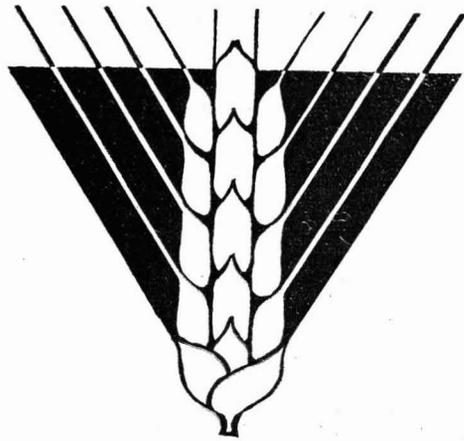


# EL GRANO



## EN LA ESPIGA

### ACCION INDIVIDUAL Y CREACION COLECTIVA

EL momento histórico nuestro es todo menos propicio al desenvolvimiento de la creación personal, la cual es base y fundamento de toda subsecuente labor. Noticias llegadas de todos los rumbos dicen de las pugnas de los grupos y en los mismos grupos, y los hombres se alistan, y esto no hace ver lo de la relativa inutilidad del obstinarse, con heroica terquedad, ante la proximidad del torbellino. Muchos de los mejores espíritus así al menos lo comprenden, y hablan con ingenuidad de su definición como beligerantes y de actuar como entes activos en una sociedad que avanza, tras de exigirlo inútilmente, a su definitivo organizarse, abandonando ellos, en tanto, las silenciosas labores a que se consagraban.

Mucho hay de razón en todo ello. Y nosotros, advertidos que en puridad tales pugnas no representan sino el estallido de un estado de cosas que se hacía, momento a momento, y en una progresión geométrica, insoportable en todo el planeta, nosotros no vamos a ser, aún en el caso de poderlo, de aquellos que condenan y se suman torpemente a los excomulgadores. ¡Santa es la lucha y la sangre, a veces, es el más fecundo de los ritos! No en balde en los altares todos de los pueblos primitivos estaba el de dios guerrero, simbolización lograda del momentáneo exterminio a que llegan a entregarse los hombres y el cual es explicable, siempre y cuando sepamos marcarnos un límite a tal veneración. Mucho de razón hay en todo ello, insistimos; pero, a la contraria, debemos agregar, siempre que tales pueblos sepan reforzar

Por VICENTE MAGDALENO

con anterioridad, y para salvarse espiritualmente, las personales actitudes de su hombres, actitudes sin las cuales es imposible toda acción fecunda en lo colectivo. Y tal conviene subrayar, y nunca lo haremos demasiado ni bastante bien en los momentos que se nulifican, con vistas a la acción conjunta, la personal labor y la silenciosa tarea del espíritu, cuyo aparente pasivismo, digámoslo, es actividad de otros calibres, fuente y agua subterránea, responsable al cabo de toda externa germinación.

Es urgente así aclararlo. Las mismas actividades de los beligerantes, pronto, en efecto, o a la larga, acaban por resolverse en inútiles querellas cuando lo espiritual no se reporta. Y tenemos, entonces, lo del inegable pasivismo de grupos que no son otra cosa que muchedumbres, rebaños en las manos de un dictador que siempre se supone, y del cual no puede menos que decirse, parejamente, que habiéndose iniciado como condotiero, ha finalizado dejándose llevar de los torpes impulsos y los absurdos de sus bandos. ¡Y a esto apellidan actitudes activas los contemporáneos, y a su nombre se rechazan aquellas otras que tienen un soportal en el mismo emanar interior del individuo, y que son verdaderamente las activas!

Visto así el problema, es decir, con toda la gravedad y la responsabilidad que entraña, y, al igual,

con toda la veneración que nos inspira, precisa abordarlo, en primer lugar, teniendo en cuenta la necesidad auténtica de organización de la sociedad, sobre la base de una distribución humanitaria en lo fundamental, y, en segundo, ya no como un mero caso cuya resolución pende llanamente o depende de un irresponsable avalanzarnos, sin más guía que los impulsos, excitados aquí por valoraciones más o menos conformadas, para finalmente, y en tercer lugar, acometer lo de su realidad, armándonos de toda nuestra lealtad interior, observándolo más bien como asunto que en esencia dice de la necesidad de una mejor armonía de lo colectivo humano y lo humano individual. Bajo este ángulo, creemos, todo esfuerzo sin la venia, generosa de suyo, de cada conciencia, tiene que ser contemplado como anormal, y, a la larga, hasta cierto punto como estéril, ya que el unilateralismo en que se apoya terminará agotándonos a todos, para obligar al hombre, en un mañana más o menos próximo, a la búsqueda de lo complemental, haciendo quedar grabada la advertencia histórica que toda positiva reforma ha de venir de lo profundo de nosotros mismos, de nuestro propio auscultarnos; tarea sin la cual cuanto trazado se haga será de superficie, y toda acción implicará simplemente una reacción; lo que es siempre peligrosísimo, pues todo auténtico paso histórico debe entrañar, espiritualmente expresándonos, una revolución.

## La Arquitectura Colonial en México

Por JESUS T. ACEVEDO

*Allá cuando el grupo de selección del Ateneo iniciaba lo mejor de su labor y se entregaba a la búsqueda del alma mexicana, el nombre del arquitecto JESUS T. ACEVEDO iba unido a los de las principales figuras del movimiento cultural renovador. Espíritu fino e inteligencia con organización, en sendas conferencias habló Acevedo, urgido de hallar una más firme base de las arquitecturas moderna y colonial de México. Como podrá apreciarse por el siguiente fragmento de una de sus disertaciones, Acevedo aporta valoraciones de categoría al estudiar las construcciones de los colonizadores, en las que cree percibir la huella minuciosa del nativo.*

DESPOJADA de sus bienes, primero, y convencida después, de la inutilidad de todo esfuerzo no encaminado a la salvación del alma, la raza que de por sí ya era dócil, se convirtió en excelente útil de trabajo. Antes de la pérdida de su libertad, había demostrado sus capacidades para toda labor minuciosa que reclamara esmero y aplicación. A medida que los primeros conquistadores se enriquecían iban dejando lugar a otros no menos ávidos. Pero llegó el día en que reyes compasivos velaran por la prosperidad, no sólo de los colonos,

sino también, y muy particularmente, por el mayor bien de los naturales. Entonces vinieron, además de hombres virtuosos, varones doctos, con la encomienda de enseñar las letras y las artes. Las primeras se cultivaron en los conventos. Las segundas se cultivaron con creciente interés, según lo reclamaba el auge de los propietarios. Ventaja grande fue que las artes del dibujo se transmitieron directamente de maestro a obrero, sin que el Estado interviniera en la enseñanza. Quién sabe qué tiene la intromisión oficial en esta clase de asuntos, que en todos los países, lejos de alentarlos, los aniquila, o por lo menos, establece uniformidades lamentables. El hecho fue, que los indígenas aprendieron los diferentes oficios que hacen posibles las artes, y cosa digna de notarse es la siguiente: al traducir con admirable dedicación los trazos extranjeros que les servían de modelo, algo de nativo y remoto se escondía en su obra; un no sé qué de profundo, que, sin equivocar dimensiones, ni variar las líneas directrices, ponía, sin embargo, un gesto nuevo, un matiz imprevisto, un color especial; era, en fin, nuestro México que apuntaba su idiosincrasia. El obrero mexicano tiene una característica fundamental que yo llamaría facultad asiática y que consiste en una exquisita habilidad para trabajar con finura y primor, y en casi todos sus poros, una reducida porción de materia. El recluso de San Juan de Ulúa, que sobre la cáscara de un coco labra con un instrumento cualquiera el infierno total de sus penas y lo pormenoriza en todas sus partes; el tallador de bastones, de Tlaxcala, que a lo largo de una superficie cilíndrica enreda todos los emblemas de la paz y de la guerra, acentuados con vivos colores; el talabartero que borda en las cantinas de una silla vaquera mil prodigios geométricos en plata y en oro, son ejemplos manifiestos de la habilidad que trato de explicar. Esta característica es absolutamente general y la poseen en mayor o menor grado de virtuosismo, todos los que aquí trabajan con sus manos. Lo mismo procuran y persiguen las manos morenas que pintan jarros y cazuelas, como las blancas manos virginales que en provincia deshilan los linos para el culto parroquial. Encerrar el Universo en una corta superficie, pero con todos sus arabescos, con todas sus imágenes más las invisibles del cielo y del infierno, ha sido siempre el resultado más o menos consciente de la obra de arte de los pueblos que habitan esta región del mundo. He llamado asiática a esta facultad, porque ella se encuentra comprobada claramente en las artes máximas y menores del Indostán, de la China y del Japón, en Asia y en Persia. Incidentalmente en tal o cual monumento de la civilización europea aparece también esta habilidad, pero no como fuerza estable, no como esencia.

Nada más natural, por lo tanto, que al implantar los conquistadores cualquier estilo, cualquier tendencia arquitectónica, ésta y aquél resultaran modificados por la corriente oscura, siempre latente en los aborígenes. Idéntico fenómeno aconteció con la arquitectura de Roma cuando invadió el valle del Nilo. Allí se levantaron pórticos y plazas, templos, circos y mercados, y a pesar de que los directores de las obras eran romanos, és-